
Fernando Pérez-Borbujo Álvarez

Sueño y vigilia: el nacimiento de la persona en el pensamiento de María Zambrano

“Si los sueños no fuesen un despertar, un cierto modo de despertar, habrían pasado inadvertidos siempre, como quizá pasen inadvertidos algunos aspectos de la vida humana en el mundo del sueño, bajo los sueños o, en la vigilia, del otro lado de la frontera de la conciencia.” (Zambrano, M. *El sueño creador*, Club Internacional del Libro, Madrid, 1998, p. 65).

No podemos estar de acuerdo con Aranguren ni Ortega Muñoz cuando afirman que en Zambrano encontramos una “fenomenología del sueño”¹. A diferencia de los grandes escritos sobre los sueños, que se encargaban de su hermenéutica y clasificación, Zambrano sólo se habría ocupado de la “forma-sueño”. El equívoco lo provocó la misma autora al enfatizar que la pasividad y la atemporalidad, en tanto que rasgos específicos que caracterizaban a los propios sueños, constituían la mejor pauta para interpretarlos. Desde mi punto de vista, la interpretación de los sueños de Zambrano no es fenomenológica, sino metafísica en grado sumo. Su concepción de la vida de los sueños es ontológica: se basa en la creencia del papel que los sueños tienen en la estructura de la realidad y su función dentro de la misma. La realidad de los sueños —

si este enunciado tiene algún sentido— radica en su función. Ella clasifica y ordena los tipos de sueños, pero en vez de seguir los criterios antiguos —la mayoría de ellos basados en los principios de analogía—, los ordena según un criterio que concibe la vida del sueño como una escala para llegar al esclarecimiento del propio y verdadero ser. Es un criterio metafísico, una concepción ontológica, la que modela y prefigura la concepción que de los sueños Zambrano forja y nos presenta. Esa concepción metafísica anuda y liga íntimamente el nacimiento de la persona con la realidad del sueño. A explorar y desentrañar esa conexión, en la medida de lo posible, se encamina la presente comunicación.

1. La forma sueño: sueño y vigilia

María Zambrano caracteriza a la persona humana en su obra *El sueño creador* (1965)

¹ Ésta es la visión clásica de la historiografía zambraniana que ha visto en esta obra de Zambrano la defensa de una fenomenología del sueño, como afirmara Aranguren y recogen José Ángel Valente y Juan Fernando Ortega Muñoz. Vid. Ortega Muñoz, J. F. *Introducción al pensamiento de María Zambrano*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, pp. 82-86; cf. López Aranguren, J. “Los sueños de María Zambrano”, *Revista de Occidente*, núm. 35, febrero de 1966, p. 207.

como conciencia vigilante, ciudad amurallada, en la que la frontera es a la vez horizonte. Ese ámbito de la conciencia, si pudiese mantenerse esa vigilancia exhaustiva, mantendría a ese “sujeto soberano en estado de sueño” (p.66). Esta conciencia —explorada y colonizada por la modernidad desde Descartes en adelante con su proteico y voluntarioso velar— no tiene futuro en el sentido pleno de la palabra porque está enzarzada en librarse de su pasado, en no dejar que en ese ámbito se trasluzca o llegue a pasar nada. Esta reducción de la temporalidad a puro presente es la reducción del tiempo a puro espacio homogéneo mediante la cual el hombre se ve reducido a un mero estar ahí. Esta conciencia que permanece amurallada, temerosa de todo lo que viene del pasado e ignorante de su futuro, esta conciencia que vive al día, se encuentra en un estado de “sueño” del que no quiere despertar.

“Pues que en el sueño aparecen los sueños como un despertar, en una forma primaria de visión y de conciencia en que el sujeto se siente un tanto tocado y aun llamado por un visitante que llega o por un país donde se le esperaba.” (p. 69)

La vigilia y el sueño parecen intercambiar en esta descripción de Zambrano, paradójicamente, sus papeles. El mundo de una vigilia consciente y castrante se convierte en sueño delirante, en sueño lúcido, pero sueño al fin y al cabo, mientras que el sueño se convierte, para esa conciencia, en el único medio para despertar. En realidad, como vemos, no se distinguen tan nítidamente sueño y vigilia. El sueño perfora y taladra el ámbito de la vigilia. Y a la par hay un sueño de la vigilia en el que la forma sueño se apodera de la realidad, presentando una realidad absoluta, que no es tal, porque se desgaja del conjunto. Este estado de “soñar despiertos”, o de “desgajarse de la realidad” en plena vigilia es el del «ensimismamiento». Cuando uno se encuentra ensimismado, vuelto y perdido en sí, abandona, sin desligarse del todo, la realidad. Crea un vacío entre la interioridad y la exterioridad que le permite, de manera *sui generis*, liberarse de la

realidad sin desgajarse de ella. En el hombre esta capacidad de ensimismamiento se manifiesta en su máxima potencia, diciéndose con razón que el hombre es el único animal que vive a caballo entre la realidad y un más allá de la realidad, o que el hombre es el único “animal simbólico”.

Lo real se distingue no sólo por la “resistencia” que nos ofrece, sino por el hecho de que se percibe *a posteriori*, es decir, percibir lo real como real es indesligable de la conciencia de que lo percibido estaba ya allí antes de ser percibido, mientras que nuestras creaciones y fantasmagorías son percibidas *simul* con la percepción misma. Percibir la realidad es percibir algo que, en tanto que percibido, es anterior a la percepción misma y la funda. Por eso, cuando el hombre en su ensimismamiento “pierde el mundo de vista”, en este desgajarse de la realidad, el ser toma posesión de la conciencia, generándose entre la realidad y el ser un vacío que rodea a todo lo que tiene pretensiones de absoluto: lo singulariza. De este modo dice Zambrano que la realidad queda como fijada por el ser, pierde su carácter de espacio, de lugar de tres dimensiones y se transforma en mera pantalla, como trasfondo u ornamento de una presencia radical del ser.

Este ensimismamiento puede ir desde la distracción hasta la enajenación más absoluta. La persona tiene esta capacidad de ensimismarse, de salir de la realidad y de la temporalidad de esta realidad para perderse en sí mismo. Este ensimismamiento supone adentrarse en el propio ser que se muestra como atemporal y pasivo, como verdadero sueño en medio de la vigilia.

2. El tiempo como camino

“El tiempo es la relatividad mediadora entre dos absolutos: el absoluto del ser en cuanto tal, según al hombre se le aparece, y el absoluto de su propio ser tal como inexorablemente él lo pretende.” (p. 72)

El camino del tiempo es un vacío que arrasa con el ser y con el ser de aquel que por él transita: el hombre a lo que sabemos. El hombre, a diferencia del animal y la planta, tiene que hacer su propia vida, vivir, no sólo deslizarse o desplazarse por la vida. Como bien viera Max Scheler, en su libro *El puesto del hombre en el cosmos*, el hombre es un ser excéntrico, expulsado de lo natural y entregado a la libertad. No tiene un lugar metafísico, sino que tiene que crearse su propio lugar. Zambraño, a este ser que tiene que crearse su propio medio, a este extraño animal que está en la vida libre de ella, para el cual vivir es tarea y proyecto de la libertad y no mera ocupación, lujo y no tan solo necesidad, lo descubre como un ser que se trasciende a sí mismo:

“Vivir describiendo una órbita es una imagen ambivalente: infernal por lo que de movimiento sin fin tiene, por la falta de lugar propio que significa. Imagen de un tiempo vacío, sin principio ni fin, de un tiempo absolutizado; desprovisto, pues, de trascendencia. Mas si la órbita se describe creándola, danzando en corro, que ello será siempre danza aunque parezca sólo andar, entonces esa imagen de vida en estado puro, de la vida bienaventurada, obediente y libre a un tiempo.” (p. 73)

La imagen del astro que, dormido, cumple la perfección supone una “tentación” para la conciencia vigilante, la “ensoñación” del pasado: la regresión a la inconsciencia, la evasión del tiempo humano al animal. El hombre quisiera huir de su libertad para regresar a la naturaleza, querría que sus impulsos marcaran inconscientemente el curso de su vida y su periplo. Pero el hombre ha de cumplir la perfección de lo astral con plena conciencia y libertad, por eso ha de despertar. El hombre recibe junto con la vida su ser, pero no lo recibe como realidad soñada, sino como encargo y proyecto:

“Y en cuanto al hombre, recibe también su vida, sin duda. Pero recibe con ella su ser. Un ser que se le presenta como absoluto, en un modo extraño. Pues que siendo éste su ser recibido, y sin-

tiéndolo él como absoluto, se lo encuentra a su cargo. Lo lleva y lo soporta, lo sufre en verdad, pues que le pesa; le envuelve y hasta puede poseerlo, si ha dejado de contar con él o si cuenta en demasía.” (p. 74)

Nuestro propio ser se nos da en sueños y nos obliga a despertar. Despreciar el sueño o negarse a despertar son las dos formas de abortar nuestro propio ser, de resistirnos a nacer por miedo a perdernos. Como bien afirma Zambraño, un poco más adelante, “se podría definir al hombre como el ser que padece su propia trascendencia. Como el ser que trasciende su sueño inicial. Pues que el ser en la vida está en estado de sueño; está ahí”. Cuando el hombre despierta a su verdadero ser, cuando pasa del sueño a la realidad, cuando desvela o manifiesta su verdadero ser, entonces entra en comunidad con los demás, como cuando descubre y habita en la verdad. La realidad es el claro del bosque donde salimos a vernos, a manifestarnos; ágora natural donde nace y se manifiesta la palabra. Palabra que es siempre reconocimiento y desvelamiento, persona. Ese ser de la persona ha de realizarse, es decir, ha de perder el carácter de ser, de realidad soñada.

Este desvelamiento del ser propio que se nos da en sueños se realiza en el tiempo y por el tiempo. El tiempo, por ser discontinuo, es sucesivo: se sucede a sí mismo y en sí mismo, y hace que las cosas del ser sucedan realmente.

“Pues que no es posible deshacer enteramente el inicial sueño que sería tanto como recrearse del todo. Y al ser esto así, el sueño original reaparece en la vigilia, en la siempre parcial vigilia, horadándola, moteándola, abismándola por momentos, como si el ser la tomara para sí. Suceso que visto desde el hombre viene a ser un desfallecimiento de su libertad que peligrosamente puede prolongarse en la fatalidad de la historia como en un terreno privilegiado, según puede comprobarse fácilmente.” (p. 77)

Por este motivo, por el hecho de que la existencia del hombre transcurre en duermevela, en un esfuerzo por mantenerse despierto, por sustraerse a un sueño ancestral, el tiempo

no es continuo sino discontinuo. Las dimensiones del tiempo (pasado, presente y futuro) no están siempre igualmente manifiestas. A momentos la atemporalidad del sueño, donde las dimensiones del tiempo están como enlazadas y apelmazadas, entrelazadas unas con otras, es el que domina; a momentos se impone el tiempo de la realidad, de la vigilia, en la que dichas dimensiones se abren y separan creando el arco temporal. En esta alternancia entre sueño y vigilia, entre ocultación y manifestación, va fluyendo el acontecer temporal.

“Mas sucede que el sueño, el inicial sueño irreductible, se va transformando en cada despertar. Y así como la vigilia estabilizada cae en el sueño, el soñarla despierta. Soñar, despertar, se van dando en escala. La escala de los sueños en que el sueño inicial se desvela.” (Ibídem)

En el sueño se está en un estado de total pasividad, de ausencia de acción y de libertad. Zambrano compara este forzado inmovilismo del sueño, este ser forzado a ser espectador de una escena —como lo eran los esclavos en el mito platónico de la caverna— al ser parmenídeo, ser ideal y real al mismo tiempo. Este carácter del sueño se pone especialmente de manifiesto en los “sueños de obstáculo” que Zambrano distingue de los “sueños de deseo” y de los “sueños de finalidad”, de tinte ético, en los que se esconde la finalidad que el sujeto tiene que realizar o muestra un carácter inagotable. Como veremos, el ámbito de los sueños se configura como verdadera escala de Jacob, desde los sueños de obstáculo hasta los sueños de finalidad, propios de los sueños de persona, en los que el hombre se eleva desde su *ínferos*, desde sus vísceras, al verdadero conocimiento y esclarecimiento de sí.

De este modo el tiempo es el *a priori* del argumentarse la vida humana y a la par la materia de este argumentarse. El tiempo no podría sentirse en la conciencia humana sin el nacimiento y la muerte, puesto que el nacimiento pone un pasado remoto del mismo modo que la muerte pone un futuro remoto.

La forma de nacer, el hecho de que lo pasado se ponga como absoluto pasado, y el futuro como absoluto futuro, es decir, que nuestro ser se nos dé como tarea y promesa, determina que la vida sea para nosotros suceso, acontecimiento. Del mismo modo, la muerte perfila, como obstáculo irremisible, como válvula de cierre, como afirma Jankelévitch en su libro *La muerte*, un futuro absoluto. Zambrano distingue nítidamente porvenir de futuro, porque el porvenir es la dimensión del futuro que es previsible, que entra dentro de los cálculos. El porvenir es concebido como pura repetición, como aquel bíblico “no hay nada nuevo bajo el sol” y “todo es vanidad de vanidades”. En el porvenir el pasado parece devorar al futuro, sino fuese porque el futuro es radical *novum*, irrupción creadora del fondo de la persona en el escenario de la historia.

3. La persona y el argumento

“Un argumento es pues un acontecer que está necesitado de un futuro para desarrollarse, y no sólo como suceso, sino como cumplimiento y manifestación de un sentido. Sentido que procede de ser el hombre persona, es decir: un ser no sólo dotado de finalidad, sino constituido esencialmente por ella.” (p. 83)

El concepto de ‘persona’ de Zambrano recoge múltiples acepciones de la tradición. Sujeto individual de naturaleza racional, mismidad espiritual. En cualquier caso, la definición que se perfila tanto en *Persona y Democracia* (1959), como en *El sueño creador*, es la de un sujeto, una subjetividad que está en sí fuera de sí y que porfía por entrar en sí. Para ella el ser es un impulso y un destino, una tarea y una promesa. La persona no es sustancia, no es realidad acabada y perfecta, sino lo que tiene que llegar a ser, lo *nonato*. Tanto el pensamiento gnóstico, como el neoplatónico, junto con el Cristianismo naciente, se dan cita en esta concepción de la persona. Ya San Pablo en sus epístolas afirmaba que “no se ha manifestado todavía lo que tenemos que ser, lo que lle-

garemos a ser”. Desde esta concepción metafísica del mundo como revelación, como manifestación, el mundo se configura como el ámbito del verdadero alumbramiento y la vida, como el proceso de gestación de un feto que tiene que ser alumbrado. La vida material y orgánica, considerada desde el punto de vista fisiológico como una vida postnatal y postfetal, es, desde el punto de vista metafísico y espiritual, una vida prenatal y fetal. Toda la vida es el intento por alumbrarnos a nosotros mismos, por nacer. Nuestras angustias son las angustias de lo no nacido, de lo que no está a la luz y se mueve entre tinieblas. Todas las religiones hablan de un hombre nuevo que se ha de alumbrar a partir del hombre viejo, de la necesidad de un renacimiento espiritual, llegando a entender esa necesidad incluso fisiológicamente, como le ocurría a Nicodemo en su encuentro con Jesús de Nazaret. Toda idea de conversión, de *epistrophe*, de un “volver en sí”, como se relata en el pasaje del hijo pródigo, tiene una impronta visible en el pensamiento de Zambrano sobre la persona.

La persona nace con una herencia, en el seno de una tradición. Esa tradición es evolutiva y acumulativa, se configura, como en su día viera Jung, como un “subconsciente colectivo” de tintes históricos. En el siglo XIX se forja la idea de que hay una historia natural y que en un ser actual se acumula todo el pasado como memoria, como materia. Esta idea del ámbito natural se traslada ahora al ámbito histórico, produciéndose una verdadera naturalización de la historia en la que el individuo es concebido como efecto de un proceso histórico que recibe en él su sello y rúbrica. Por eso mismo toda persona es tal y sólo frente al “Destino”, a la ley que pesa sobre la persona y su libertad, y que contiene su específica finalidad. Este destino presenta una doble faz: la necesidad que proviene del pasado, la tradición; y aquella que proviene del futuro, su vocación o su cumplimiento íntimo y verdadero, que aparece así condicionada y estimulada por el pasado a trascender. La persona, que es a la vez autor y personaje de esta historia dra-

mática que es la vida, está condenada a alumbrarse a sí misma, a desvelarse y manifestarse en el curso de la historia.

Por eso los sueños más específicos de la persona, según Zambrano, son los “sueños de psique”, los de historias. Esta forma de creación pasiva es el contraplacado de la creación poética:

“En la trivialidad de estas historias están, pues, contenidos el deseo y la ansiedad que envuelven la revelación de un pasado que aún no se ha hecho pasado del todo, y que si clama por encontrar satisfacción, es para perecer. Ya que su contenido pertenece al reino de lo percedero y si arrastra algo del nacimiento, está clamando por la muerte. Por la muerte en tanto que hecho que reducirá lo vivido a pasado absoluto.” (p. 86)

En esta situación, como en *El proceso* de Kafka, el hombre vive no para la muerte, sino *bajo* la muerte. En este sentido es el pasado el que se impone, el que ahoga el nacimiento de la persona, lo obstruye y dificulta, porque para Zambrano todo deseo, *orexis*, nace siempre del pasado y a él se dirige. Todo sueño de este tipo es una esperanza retardada, las rémoras y el recuerdo de un nacimiento imperfecto. Porque todo nacimiento es en puridad un morir, un poner lo pasado como absoluto pasado, y cuando esto no ocurre, el deseo y los sueños de deseo se hacen presentes como sombras y fantasmas de las primeras impresiones del período natal.

Junto a este tipo de sueño existen los “sueños de la persona”, relacionados con el futuro, con el cumplimiento y realización de la propia vocación, del propio ser y que su autora caracteriza del siguiente modo:

“En los segundos, la atemporalidad flota en un espacio vacío que, a veces, toma forma plástica, como una extensión ilimitada, como un horizonte, como una blancura. Las dimensiones temporales tienden a ordenarse, o aparecen ordenadas sin implicaciones ni inversión a partir de un centro. Un centro que es una acción a ejecutar en el proceso de la finalidad-destino.” (p. 87)

Se producen en los sueños que vienen del futuro una recta ordenación de los tiempos y un discurso temporalmente lógico, y se pone de manifiesto la confrontación de la persona con su destino en forma enigmática. Los “sueños de persona” son los que más claramente confrontan a la persona con su destino, con su vocación futura, con su plena manifestación y realización.

Vemos, por tanto, como en los sueños —ese ámbito privilegiado desde los antiguos hasta nuestros días, el ámbito de la manifestación de lo divino, como espacio oracular— se revelan los íferos de la persona, el origen oscuro de su sustancia. Los sueños son “a la par que fantasmas del ser, la primera forma de conciencia de sí mismo, o sea, la primera revelación del sujeto en su existir, entendiendo por existir el “salir de””, lo que comienza ya a suceder cuando algo se manifiesta. La presión de la atemporalidad contribuye así a que surja el soñar. Los sueños son el primer despertar de la persona a la conciencia de sí, su primer nacimiento a su ser verdadero.

Hay dos formas de acción que se corresponden con los dos tipos de sueños enunciados: una que es ciega actividad en la que el hombre aparece subyugado por su ser esencial y actúa como sonámbulo, de soñador despierto. O aquella acción verdadera en la que el sujeto se desenmascara, se despoja de su propio personaje:

“La acción propiamente dicha es trascendente, deshace el sueño y con él la atemporalidad; crea el tiempo propio de la vida de la persona que es apropiación del tiempo sucesivo. Y al desposeer a la persona deshace el personaje al par que disuelve el conflicto. Cuando así ha llegado a suceder ya no se sueña o aparecen sueños monoideéticos, sueños del ser casi sin fantasma. Especie de teoremas del destino.” (pp. 88-89)

Los “sueños monoideéticos”, como afirma un poco más adelante la autora, son aquellos en los que la imagen y la tensión de la finalidad que en el sujeto suscitan vienen a formar una tal unidad que es un cierto modo de palabra, un jeroglífico, un signo total, una cifra. Sólo actúa la persona que se ha despojado de su personaje. El personaje realmente no actúa, sino que representa. El personaje, como en Pirandello, tiende a tomar posesión de su autor, lo enmascara, lo asfixia en un sueño letal que le impide despertar. El verdadero ser se “alinea” en su personaje, se despoja de sí y se transmuta en mera función, en mero papel, frustrando la posibilidad de su manifestación-revelación. La revelación, la manifestación, sigue siendo para Zambrano, la gran ley de la persona.²

“El sueño de la persona es, en principio, sueño creador que anuncia y exige el despertar trascendente y que aún puede contenerlo ya en el nivel más alto de la escala de los sueños.” (*op. cit.*, p. 89)

En esta escala progresiva de los sueños, desde los “sueños de psique” a los “sueños monoideéticos”, en esta tipología de los diferentes sueños en relación con la persona, Zambrano ha llegado a concebir la vida onírica como un “despertar progresivo”, como un desvelamiento del ser propio, dormido, a la conciencia. El profundo significado último de la vida onírica radica en su teleología escondida, en su finalidad última, que no es otra que “despertar” a la conciencia de su “sueño lúcido” para volverla a la realidad esencial de su ser propio. Como afirmaba Goya, “la razón también produce monstruos”, queriendo decir que también la “razón sueña” y que hay “sueños de la razón”, o, más filosóficamente hablando, que la razón misma es un sueño del que hay que despertar. No afirma con ello Zambrano que la razón sea irracional, sino que lo que lla-

² Creo que la base de esta creencia zambrana se asienta en un texto bíblico paulino: “Porque aún no se ha manifestado lo que llegaréis a ser. Pero cuando suceda seréis semejantes a Él”.

mamos vida de la conciencia o vigilia es un estado de “duermevela” en el que la conciencia no ha despertado todavía a su ser más propio, y para despertar de este estado de duermevela necesita el concurso de la vida onírica o de los sueños que, en realidad, son llamadas del ser propio a su realización plena, a su desvelamiento y manifestación.

5. El misterio de la “Alba auroral”

El término ‘aurora’ proviene del latín, *aura*. Las famosas reflexiones del Walter Benjamin sobre el aura³ no pueden ocultar esta idea de que el aura es el resplandor de lo que está naciendo en el acto mismo de nacer. No es extraño que en el santoral católico se celebre el día de la muerte de un santo como su “dies natalis”, el día de su nacimiento espiritual y definitivo. Aura sólo posee aquello que está en *status nacendis*. Por su lado, la “aurora” es denominada en castellano también ‘alba’, que entre sus diversas significaciones conserva la idea de blancura y con la que el centinela denominaba el último cuarto de la vigilia.

El alumbramiento de la persona a partir de los sueños tiene la forma de una aurora, de un alba. Esta alba o aurora irrumpe, en todo su esplendor, cuando el sujeto ha llegado a lo más alto en la escala de los sueños. Esta última manifestación, donde los sueños alcanzan su máximo de tensión y manifestación, son los “sueños de vigilia”. En este tipo de sueños, en el máximo de la escala, es donde irrumpe la palabra. Las palabras en los sueños son palabras que nos visitan, que no intentan decir nada sino manifestar el misterio de la palabra misma. El grito es la forma más propia del sueño que implica un tiempo lleno, compacto,

donde no hay cesuras ni fisuras. La palabra requiere del silencio, de la pausa, del obligado calderón. Por esto mismo “lo que precede a la palabra y la anuncia no es, pues, el grito, sino un cierto silencio, al que corresponde una distancia y una tensión por parte del sujeto” (p. 93). Siguiendo con ello el credo de todo el pensamiento del siglo XIX que formuló, a través de Schelling y posteriormente Schopenhauer, Nietzsche y Freud⁴, toda una teoría del inconsciente, Zambrano habla de que hay un camino inconsciente de la conciencia en el sueño antes de su alumbramiento preconizado en el silencio que antecede a la palabra:

“Lo que es real en el soñar no son las historias y figuraciones, sino el movimiento íntimo del sujeto bajo la atemporalidad. La tensión que precede a la libertad y la profetiza; la tendencia hacia una finalidad que se presenta simbólicamente. El descubrirse o el enmascararse del sujeto. El retroceder ante la finalidad o ir hacia ella. Que es lo que permite diagnosticar un sueño, pues que decide que sea o no un sueño creador.” (p. 94)

La palabra es la que hace que el tiempo se haga presente, se patentice, pierda su carácter fugaz y pasajero. Este presente —lo único real para el filósofo de la conciencia— fue concebido como un destello de la eternidad, la presencia de la misma en el tiempo. Sólo cuando irrumpe la palabra como tal, cuando la palabra se singulariza apropiándose de la conciencia vigilante, sólo entonces surge el presente en su radical peculiaridad de “omnipresencia”. El presente real, sin mácula de pasado ni de futuro, en su carácter absoluto, que fascinó al Parménides que caracterizaba al ser como presente, como presencia, nace como fruto del despertar de una conciencia sonámbula a través de su ascensión en la escala de los sueños:

³ Cf. Benjamin, W. *L'Obra d'art a l'època de la seva reproductibilitat tècnica*, Edicions 62, trad. a cargo de J. F. Yvars, Barcelona, 1983.

⁴ El primero en resaltar que la gran metafísica de la voluntad desarrollada durante el siglo XIX, preiniciada por Leibniz e instituida por Schelling, era en realidad la primera tesis metafísica sobre el inconsciente fue Eduard von Hartmann. Cf. Hartmann, E. v. *Das philosophische Dreigestirn des 19 Jahrhunderts: eine historisch-kritische Einleitung in die Philosophie des Unbewussten*, editado por Heike Mengen, Klotz Verlag, Eschborn, 1993.

“Surge este presente, el presente perfecto como debería llamarse cuando el descubrirse del sujeto en la palabra coincide con que esa palabra descubra la realidad y, en grado eminente, cuando esta realidad es la propia situación del sujeto. Se trata, entonces, de la verdad. La verdad que se da así en la transparencia del tiempo, en este presente perfecto que es ya supratemporalidad: en un nivel en el que el tiempo múltiple se hace uno; el tiempo parece encuentra lo que más le falta, su unidad.” (p. 94)

El anhelo de ser sí mismo, de identificarse, de ser autor, es la manifestación del miedo que tiene el hombre a extraviarse en su propio ser. La idea de la apropiación del ser propio, pero no como “posesión”, no como “mío”, sino en su carácter de “propio”. Despertar es volver en sí, manifestarse es “entrar en sí”, “perderse es ganarse”. Todas las paradojas del autoconocimiento y de la autoposesión se dan en este contrasentido que es la cifra del humano vivir, de todo humano vivir: como K. frente al castillo, imagen o cifra de su propio ser. El género propio que da acogida a este extraño movimiento de entrar en uno mismo por la vía de desprenderse de uno mismo es el género de la confesión, al que Zambrano ha dedicado alguna de sus mejores páginas, distinguiéndolo de la guía:

“El género literario llamado confesión muestra lo que el hombre ha de hacer para descubrirse y, así, entrar en el camino de la identidad. Si se le pudiera captar se diría que sea, al par, un ensimismamiento y un desprendimiento. Un desprendimiento que llega a ser un exorcismo, en el que el ser aparta y arroja del corazón lo que le entenebrece: una purificación extrema, por tanto. Una purificación que no puede verificarse sino reconociéndose en todos los errores, a partir de alguno, pues que siempre hay algún yerro dotado de capacidad de engendrar indefinidamente, o de multiplicarse alucinatoriamente en la galería de espejos del tiempo sucesivo. Mal tiempo, el sucesivo, para la integración de la personalidad, que no puede darse nada más que para renacer. Y el renacer desde un

morir. La confesión literaria ha de mostrar, antes que nada, esta muerte; este hundimiento del yo y aun de la persona en su fracaso habido, y en su no-ser habido, en el silencio y la opacidad del corazón; cuando el corazón se ha cerrado como una montaña.” (p. 159)

Vemos, pues, que la interpretación metafísica de los sueños en Zambrano nos confronta, inexorablemente, con su concepción de la persona y con el desvelamiento y realización de la misma, en un modo paradójico y contraintuitivo. El carácter paradójico de la dialéctica existencial que desvelan los sueños es lo que acerca a Zambrano, en su concepción de la ética, a los grandes pensadores del mundo griego y cristiano, cifrándose en esta naturaleza contradictoria del ser auténtico o propio lo más genuino de la síntesis pagano-cristiana, que constituyó el gran descubrimiento de los pensadores existencialistas, desde Kierkegaard a Heidegger, en su revitalización del pensamiento metafísico occidental⁵.

6. La historia como alba de la humanidad

La historia no tendría sentido si no fuese la revelación progresiva del hombre, por eso hay en ella la sucesión de culturas que nacen y mueren. Lo “humano” no ha de ser confundido con los brotes de humanismo que, en los grandes momentos de “crisis”, irrumpe en el escenario de la historia occidental. Dado que el hombre es alguien que para vivir necesita una “imagen de sí”, es fácil prever que la historia sea una continua reelaboración de esta imagen y que los períodos de crisis, “la crisis en sí misma”, sean el terrible y doloroso proceso de despojamiento de la propia imagen, que a su vez rige la imagen del mundo, que el hombre se ha forjado en un momento histórico determinado.

La historia, con excepción de la poderosísima influencia de Roma, se acelera y ralentiza

⁵ Para una visión de los rasgos característicos que el existencialismo aportó a su concepción de la ética, consúltese, entre otros, N. Abbagnano, *Introducción al existencialismo*, F. C. E., México, 1969.

za, parece pararse y de pronto decae. En la historia sólo persiste aquello que se recrea sí misma y dura en la forma de la recreación, es decir, transitando a través de la muerte.

Estos movimientos históricos perfilan la historia como un alambicado y tenebroso laberinto. Ese laberinto de la historia no es un laberinto de la Naturaleza, del cosmos, de los astros, sino la plasmación real del laberinto del ser humano. El hombre es el único ser que puede “perderse en sí mismo” porque es el único que es un enigma consciente para sí mismo y por las posibilidades que ofrece su propio ser.

Por eso, a vista de pájaro, si tal cosa fuese posible, el movimiento que describe la historia “es el de la esperanza en busca de su argumento” (*op. cit.*, p. 46). La historia es básicamente esperanza, esperanza de llegar a ser hombre, que tiene sus altibajos. ¿En qué se fundamenta esa esperanza? ¿Por qué el hombre no ha renunciado a llegar a ser sí mismo? ¿Por qué porfía por llegar a alumbrar su propio ser? La esperanza, en contra de lo que el pensamiento ilustrado y utópico piensa, no se fundamenta en el futuro sino en el origen. El origen de toda historia, de la historia de Occidente, se fundamenta en el nacimiento del hombre, en el alba humana.



RAFAEL ROMERO, “Garden”, 036

“El alba es la hora más trágica que tiene el día, es el momento en que la claridad aparece como herida que se abre en la oscuridad, donde todo reposa. Es despertar y promesa que puede resultar incumplida. Mientras que el ocaso se lleva consigo el día ya pasado como melancolía de lo que ya fue, mas también con su certidumbre y su cumplimiento. Y el hombre jamás es cumplido, su promesa excede en todo a su logro y sigue en lucha constante, como si el alba en lugar de avanzar se extendiese, se ensanchase, y su herida se abriese más profundamente para dejar paso a este ser no acabado de nacer.

Y como la luz del alba anuncia y profetiza la luz que saldrá de ella misma, que será ella misma en su logro, el hombre se anuncia a sí mismo desde el primer momento en que aparece. Arrastrando consigo una larga cadena de sueños plasmados, unos en criaturas vivientes, otros sin realidad aún. Nace del hombre como producto de un largo sueño, en el que va un designio inconmensurable.” (p. 47)

El hombre avanza soñando activamente, despertando una y otra vez, como el día despierta todas las mañanas precisamente porque el alba se anuncia a sí misma, porque ella es promesa, presencia de una finalidad que tiene que llegar a ser. Nada puede ya satisfacer a lo que no es alba sino la espera de que el alba vuelva a llegar y, aún más, de que esa alba se transforme en un alborar eterno. En un país como el mediterráneo, donde impera la hermosa textura neoplatónica de la “teología de la luz”, se descubre que la luz no está en el origen y alumbraba al hombre desde su espalda, fundamentando su melancolía y un movimiento regresivo de la historia, como en Fichte; ni tampoco en el futuro como gloria de los bienaventurados, como luz que hace que la historia se vuelque al futuro, olvidándose de su propio pasado. La verdad es que la luz se proyecta a sí misma, se promete a sí misma, desde el pasado al futuro, alumbrando el presente. Sólo por esa forma de nacer desde la oscuridad la luz está condenada a renacer una y otra vez, a realizarse a sí misma.

La ley que rige la historia es, por este motivo, la ley máxima escondida, la que el

hombre se esfuerza por conocer y realizar, la nueva *nemesis*, el nuevo *fatum*: la pasión por antonomasia, la pasión de ser. De este modo, el hombre tiene su esperanza en la luz que brilló en el pasado y es promesa de su futuro. El hombre sólo puede avanzar al cumplimiento de sí mismo, en la realización de su vocación que es siempre porvenir, cuando salva y conserva el pasado, recreándolo. Nada que se haga en contra del pasado, ignorándolo o negándolo, puede persistir en la historia. En realidad lo que María Zambrano está diciendo es lo que afirmaron todos los filósofos del siglo XIX, los grandes pensadores de la historicidad: la verdadera libertad abre la historia, avanza simultáneamente, con rostro jánico, hacia el pasado y el futuro, cuanto más retrocede en el pasado, más se proyecta en el futuro; cuanto más se aventura en el futuro, más hunde sus raíces en el pasado, dilatando con este movimiento doble la consistencia del presente en el que se realiza su acción. El verdadero presente no es el de una conciencia, como en Descartes, donde son anuladas las otras dimensiones de la temporalidad humana, sino aquella que las incrementa y expande.

Este carácter de prueba, la historia misma, sólo existe porque el hombre es la promesa de sí mismo y eso quiere decir que la sociedad, en tanto que plasmación de un desvelamiento momentáneo del ser humano, no agota al ser humano. O, dicho con palabras de Zambrano, la persona humana siempre trasciende la sociedad y por eso hay historia. El conflicto entre individuo y sociedad, individuo y clase, es la imposibilidad de que el hombre se alumbre y desvele de un modo completo. En el sueño de vigilia, en la capacidad que el hombre tiene de salir de su propia vida, de recluirse en eso que llamamos interioridad o soledad, es lo que genera el carácter trágico de la historia. Este ensimismamiento no nos saca del tiempo, sino que nos permite usarlo, disponer de él y, en último caso, lo peor que se puede hacer, matarlo. Es este reducto de la soledad y la libertad la base de la creatividad en la historia, lo indomable de ella, lo que realmente es fuente de novedad y futuro. Sin este

fondo que escapa a la sociedad la persona sería meramente individuo. Un futuro predecible, calculable, es en realidad pura repetición, puro pasado. Por eso el porvenir, el futuro previsible no es en realidad futuro. Futuro es la aparición de un *novum* histórico, de algo imprevisible que nace del ser de la persona que nunca se revela del todo pero que es la única fuente y autoría de la historia.

Hasta el momento en el que la persona se entrega a lo divino como puro medio para que éste se humanice. Mientras los dioses siguen siendo abstractos, la persona sólo es personaje, entrega su fondo abismático, su ser inaprensible en función de un papel. Los totalitarismos son la plasmación de esa entrega de la persona al Estado, nuevo dios moderno, el intento de anular la privacidad, la intimidad, la interioridad de la persona, su última fuente de resistencia. Sólo cuando lo divino se hace persona, se cancela el sacrificio y puede el hombre ser persona y autor en lugar de mero personaje. La forma social que acoge en cierta manera ese fondo de la persona, que acepta una encarnación de la divinidad, su ser persona, sin pedir que se le sacrifique lo más sagrado de la persona, es la democracia.

“No hay creación sin profecía. Lo que en la vida de los pueblos es la mitología o la religión, en la vida personal puede ser una íntima creencia, o un sueño hecho fe. Si se conociera mejor la vida íntima de las personas creadoras o simplemente de las personas que han aceptado serlo de verdad —lo cual es creación también—, aparecería un sueño, figura más o menos enigmática de una fe que es voluntad. Y en estos sueños proféticos —porque son voluntad— individuales o colectivos, aparece el pasado tanto como el futuro. Por eso resultan a veces ininteligibles, pues lo no sido aún toma figura en la dimensión del pasado, es una quimera que sólo con el tiempo podrá ser analizada. No ha habido civilización sin quimera. Y de la calidad, fuerza y realidad de su quimera, depende la grandeza de esta civilización.

Mas quizá no haya habido ninguna todavía que haya analizado su quimera sin des-

hacerla; que haya sido capaz de rectificar, corregir su quimera. El primer paso es enfrentarse con su enigma, pero esto sólo lo puede hacer la persona en su madurez; llevar a la conciencia su ensueño cuando aparece agotado. Claro que esto sólo puede darse allí donde el enigma inspirador sea el de la propia persona humana. Y eso solamente en una civilización cuyo Dios es persona puede darse, cuyo misterio original sea el de la encarnación del *logos*.” (*op. cit.*, p. 163)

6. El “sueño vigilante”

Este estado de vigilia en medio del sueño, o de sueño vigilante, es la antítesis del sueño de la vigilia o de ese humano soñar despiertos que compone el primer eslabón de esta escalera de Jacob. Ahora, por el contrario, cuando emerge el drama de la libertad, de la historia y de la palabra, cuando la conciencia despierta de su letargo en una forma de presente eterno, nos encontramos en el verdadero Gólgota onírico, en la cumbre de la escala de Jacob. Por ese motivo, en un modo críptico, pero evidente, Zambrano pone la clave de toda su interpretación de los sueños en la hermenéutica o interpretación que realiza del sueño de los apóstoles en el Huerto de los Olivos, en plena agonía del Dios-Hombre:

“En el Huerto de los Olivos se decidió la suerte del cristianismo y, ante todo, el que lo hubiera, el que se constituyese en religión o, al menos, en la forma de religión en que se ha dado.” (p. 165)

Creo que en este pequeño apéndice, en forma casi profética, por tanto, casi en sueños, Zambrano nos desvela el tuétano de esta interpretación de los sueños que es en sí una vida ascensional. Según nos relata Zambrano, la palabra que dice Jesús a los discípulos es: “velad”. Por tres veces acudió a ellos. (Mientras que el mandato del Paraíso fue pronunciado una sola vez, porque no podía serlo tres veces, el tres es el número mágico, el que da prueba de la realidad después de la expulsión del Para-

iso.) De este modo se da fe de que los discípulos dejaron de velar en la noche, de que no consiguieron mantenerse despiertos en mitad del sueño. Todos se durmieron. No pidió una palabra, sino que proclamó un “*fiat*” y en consecuencia se le dio a beber un Cáliz cuando Él se había entregado como Cáliz, como alimento para sus cuerpos y almas. Este “sueño” de los discípulos parece ser un “sueño de vigilia” en el que el silencio es total; no como calderón que singulariza y manifiesta la palabra, sino un sueño de vigilia al que no tiene acceso la palabra sino tan sólo el silencio:

“El silencio en el que no hay palabra alguna que pase es la sombra de este entendimiento en el interior del “logos”, en la condición humana, que sólo pasivamente lo recibe, recogiendo en su vacío. Este divino silencio era el que, encendidos en la vigilia, habían de recibir, de recoger, de guardar los discípulos; y este su modo de participar en el entendimiento inaccesible dentro del “logos”, al que desasistieron.” (p. 167)

Si los discípulos hubiesen velado al Hombre-Dios, se le hubiese dado al hombre la comunicación directa con lo divino, sin manifestación de los íferos del ser. El ser no se hubiese apartado de la luz, no se hubiese recluso en las tinieblas. El lugar del hombre quedó vacante. El hombre cayó de su lugar natural en un abismo con fondo, la Tierra, y desde ahí su vida no es ser como Dios, “sino el desfallecimiento del ser que no puede ser como el Hombre”. Dios hubo de bajar a este abismo con fondo que es la condición del hombre para elevarlo de nuevo, para encaminarlo nuevamente a su plena manifestación y revelación. La muerte de aquel Ecce Homo, del Hijo del Hombre, volvió a abrir el camino hacia ese lugar vacío. La divinidad rehace el camino, simbolizado y sintetizado en la Pasión, que supone la historia como revelación y manifestación de lo humano, como alborar de la *humana conditio*.

Pero lo que Dios no pudo hacer por el hombre es cancelar el misterio de su libertad.

El hecho de tener que ser por necesidad libres, de tener que elegir y de ese modo proclamar “la libertad convertida en sombra de la cumplida libertad sin necesidad del hombre verdadero” (p. 169). De este modo nació la historia en la que se forja la cruz de la libertad: la erguida libertad cruzándose con la inercia. La cruz de la elección que es la palabra. La libertad que exige siempre el concurso de la palabra, con el riesgo de ser por ella traicionada y de traicionarse en ella.

La triple negación de los discípulos durmientes, al modo de la triple negación de Pedro que sólo se supera con el triple encargo del Cristo resucitado, tenía como fin elevar al hombre tres veces por encima de su condición. Desde este punto de vista, la realidad del hombre en busca de sí mismo nos muestra que la vigilia nocturna amplía la conciencia penetrando en lugares donde la vigilia habitual no llega. El primero de estos despertares es el del sueño típico en el que se da la unidad del alma, *psique*: se supera la atemporalidad de la conciencia porque se hace presente lo que se busca, la finalidad intrínseca, y “esta presencia cuando llega repentina hiere, abre las zonas más cercanas, no ya a las profundidades de la psique y de su historia, sino al centro mismo del ser que recibe esta presencia despertando”. Este despertar del sueño de la persona es doble: el de una libertad que rescata a la psique dormida y el despertar del ser herido.

Por último hay un tercer despertar en el que se resuelve este doble despertar:

“Mas este doble despertar propone un tercero que ha de darse ya en la vigilia y que hasta ahora se ha confundido con la “interpretación de los sueños”. Pues que no se ha discernido este último despertar como aquello que es: un cumplimiento, un acabamiento del sueño mismo que rinde así su existencia a la vida de la vigilia sembrando en ella una verdad que ella no hubiese podido encontrar sino en uno de esos vislumbres que atraviesan como una luz que hiere la conciencia y que suelen ser más una indicación que una visión.” (op. cit., p. 171)

En este tercer despertar de la vigilia la persona entiende lo que ha visto, lo hace suyo y lo alberga en una dimensión que no es posible en el sueño: la responsabilidad. La libertad en sueños no puede comprometerse, no puede dar su palabra. La libertad que nace del sueño, que despierta, sí puede dar su palabra, puede comprometerse. La persona encuentra su perfección en esta libre entrega que tiene lugar en la vigilia de la noche, al rayar el alba, cuando se da la unificación del soñar más alto y de la vigilia más completa. Cristo representa para Zambrano la víctima sacrificial perfecta porque es activa y no pasiva: no hay en Él nada oculto, todo se ha hecho presencia. Lo único que ante esa presencia del Absoluto se podía hacer era velarlo. Este absoluto se había dado en palabra y alimento. Este velar lo Absoluto es la forma del sacrificio, un sacrificio en el que “el que vela se enciende a sí mismo, quemando la oscura resistencia, esa pasividad que se sustrae para no comparecer. Y algo en el entrar en el sueño de cada noche hay siempre de este retirarse, de esta desasistencia en la que el sujeto deja a su propia alma, quizá en un instante en el que iba a decirle algo a su pensamiento,

a los sentidos antes que a nada, que aguzados por la fatiga del día penetran los intersticios de la compacta realidad, se deslizan atravesando el cerco del lugar y del tiempo a punto de recobrar a su original condición que el quehacer del día encadena. Y se pierde así ese recobrar en la libertad, en la nada del quehacer, esa nada de la que se recibe la vida imprevisible” (p. 173).

El hombre, abandonado a aquel triple despertar, permanece en estado de continua alborada, siempre interrumpida, porfiando por alumbrarse a sí mismo en una palabra que acabe en el silencio que contempla lo Absoluto en persona y figura. Como el caballero del Santo Grial, permanece fielmente velando el Cáliz de la Vida, la Alborada que resplandece en el claro del Bosque, en el eterno vacío que clama por ser luz y es guía de los que tienen que acudir a él desde la laberíntica oscuridad de los tupidos bosques. Al alba, al romper la aurora, en la última hora de vigilia, promete comparecer la luz que brilla para siempre y que sólo pide ser velada.